

BOUZA, FERNANDO, Palabra, imagen y mirada en la corte del Siglo de Oro. Historia cultural de las prácticas orales y visuales de la nobleza, Madrid, Abada Editores, 2020, 264 pp. ISBN: 9788417301446.

Fernando Bouza, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, es especialista en historia cultural y política de la Alta Edad Moderna ibérica y ha prestado atención a temáticas como la historia del libro y la lectura, la vida aristocrática en la corte o los inicios de la opinión pública. Autor prolífico y con reconocido prestigio, tiene a sus espaldas una veintena de libros, más de 60 artículos y 73 colaboraciones colectivas. Entre los títulos más reconocidos podríamos señalar *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias: oficio de burlas* (1991), *Cartas de Felipe II a sus hijas* (1998) y *Del escribano a la biblioteca* (2010). El que se reseñará ha sido publicado por Abada Editores, una editorial en el que los escritos de historia tienen un gran peso, así como el mundo cultural en general.

Palabra, imagen y mirada en la corte del Siglo de Oro está conformado por 264 páginas y estructurado en siete capítulos que presentan una distribución cuasi equilibrada. Comienza con una introducción (pinge sonum) que se completa con tres apéndices insertos en la redacción sobre las intervenciones orales de Don Juan de Austria, la correspondencia de Antonio Perrenot de Granvela (Cardenal) con Martín de Gurrea y Aragón (Duque de Villahermosa) y las cartas entre Pedro Téllez-Girón (Duque de Osuna) y la Marquesa de Charela. Asimismo, al final cuenta con un índice onomástico y de lugares, más las referencias a obras previas a 1900, acompañado de 15 ilustraciones que complementan la información aportada. De los siete capítulos que forman el conjunto, tres se han añadido de otra obra publicada (*Palabra e imagen en la corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Abada, 2003) y, como se explica en la introducción, con preferencia en diferentes aspectos conceptuales de la vida aristocrática: la oralidad de los caballeros y damas de corte, la cultura indumentaria general y particular y lo “caballesc visual”, “lo digno de ver” para un titulado portugués en la península en el siglo XVII, el impacto de los retratos como regalo, las fiestas y torneos nobiliarios como lugar de exhibición de las mejores galas y la visión que los aristócratas transmiten sobre el pueblo gobernado. Además, en la obra se incluyen citas bibliográficas y notas a pie de página, principalmente explicaciones pertinentes o referencias a fuentes primarias, lo que reafirma el rigor científico de la publicación. Para completar la seriedad del discurso académico escrito, inserta testimonios cuyas transcripciones son fieles al original, respetándose la grafía de la época, aspectos varios que puede dificultar la lectura de cualquier neófito en la materia. No obstante, la presencia de ejemplos es destacable y existe una retroalimentación continua entre la exposición de éstos y la explicación de corte más teórica. Más, en un período en la que la nobleza puede empezar a perder su lugar, reafirmar su condición se plantea como algo esencial; justo, lo

que a partir de este libro se pretende visualizar: el cómo simbolizan su poder a ojos de sus iguales y de su pueblo.

Planteadas de inicio las líneas generales, adentrémonos en el capítulo 1. En estas páginas podemos comprobar cómo el recurso a la oratoria (en tiempo de elevados índices de analfabetismo) tiene una gran representación en los púlpitos, teatros y consultorios hasta el punto que se ha denominado a la Edad Moderna como una “edad oral”. Es por ello que sin una mayor aproximación a esta práctica cotidiana, no podemos comprender el periodo y menos aún su complejidad. Es la época de grandes teóricos y tratadistas; por esto, en muchos de sus escritos, el común denominador será la referencia a una voz diferenciada por parte de los nobles, en ocasiones criticada, y con muchos cambios en fórmulas como los saludos o las despedidas respecto a épocas anteriores. De la misma manera, se observa la creciente importancia de los librillos de memoria y las lecturas en voz alta como aspectos habituales en el medio cortesano.

De seguido, se analiza en los capítulos 2 y 3 una de las temáticas más socorridas por parte de los investigadores del Siglo de Oro: la indumentaria; en esta ocasión, complementada con un estudio más detallado sobre el lenguaje caballeresco. La importancia de la vestimenta se vincula, ya desde tiempos medievales, con la relación entre ropajes y condición social como elemento distintivo estamental en momentos de profundos cambios. Casuística que en parte determina el gran énfasis que se ponía en que cada grupo social vistiese el hábito que le correspondía y no fuese a portar otro de un estatus superior. Reconocerse y ser reconocida eran dos de las principales funciones sociales que tenía la aristocracia, dentro y fuera de su entorno social, y es algo que consiguen desde la acción mimética que caracteriza a esta clase y con todos los aspectos visuales que tal empeño conlleva para su mantención: gestos, construcción corporal, ropa acertada, postura erguida, saber moverse, presentarse, más un etcétera de normas. En definitiva, adaptarse de forma correcta al momento en que se está pero siempre con dos principios fundamentales: equilibrio y medida; dualidad en la compostura donde cada detalle forma parte de un todo que nos sitúa en la antesala del Barroco. Como ejemplo a toda esta cuestión, en el capítulo tres, la mirada del noble portugués Manuel de Ataíde (tercer conde de Castanheira) nos pone en situación de sus periplos por la Península Ibérica, de 1602 a 1603. El interés de este capítulo 4 reside en la captación fotográfica de este testigo, en cómo nos traslada al pasado desde el ordenamiento de un cúmulo de detalles, comparaciones y opiniones. Lo que más llama la atención de su testimonio es la descripción exhaustiva que hace de los trajes, las telas y sus colores. Momento en que brinda ejemplos prácticos que son válidos a la temática antes expuesta. Al particularizar en la nobleza portuguesa, de nuevo el conde Castenheira revela, la idea de que el vestido es clave para definir a los estamentos y confirma la existencia de una visualidad caballeresca que nunca descuidaban. Los siguientes aspectos sobre los que incide son de índole lingüístico (con especial énfasis en la

pronunciación, variedad o riqueza de idiomas en España respecto a su país natal) y el sistema urbano de la ciudad, con una gran fascinación sobre la limpieza de las calles y admiración por los edificios públicos, y grandes arquitecturas.

El mundo de los retratos como servicio caballeresco vertebrará el capítulo 5. Las relaciones entre nobles y artistas estaban a la orden del día y debemos valorar la importancia de estos testimonios más allá de una simple figuración del solicitante a observar -obviando los retratos que se hacen con otras intenciones como la búsqueda de prófugos- que las obras tratan de disimular la verdadera presencia de los retratados; pero, que, de un solo vistazo, podamos apreciar la identidad de un rey o el poder de un noble. Además, es de obligado razonamiento incidir en que nos encontramos en una “cultura del don”, con constantes contactos para expresar amistad y servicio. Los retratos se revelan como un sistema de poder aristocrático muy socorrido y hasta “cuasi-obligatorio”.

Como he podido comprobar, tras la lectura del libro, solo se es noble si esta condición se demuestra ante el resto y es por tal aparentar que en los dos capítulos finales: “He Fe” y “A ver lo qué es. Fiestas, pinturas, hechizos y bufones del Duque de Osuna en Nápoles”, cobra gran importancia esta imagen que se pretende trasladar.

En primer lugar, la relevancia que tienen las justas o los torneos como medio de negociación y demostración de su situación social, sigue siendo capital en la Edad Moderna. Estos eventos son vistos como una representación de los valores nobiliarios y por esto eran públicos y los ejecutantes debían demostrar que ser noble no consistía sólo en la herencia sanguínea. Con la muestra de variados ejemplos a lo largo del siglo XVI, se explica que esta centuria, caracterizada como un periodo de “domesticación de la nobleza”, el poder regio no ha sido tan marcado como se ha querido transmitir en otros estudios. En esta también se incide mucho en la cuestión de la educación nobiliaria para definir una suerte de “ethos estamental”.

En segundo lugar, a partir de otro estudio de caso, el del Duque de Osuna, se da cuenta de todo el alarde hecho por él por demostrar su condición de noble ante el pueblo, siendo virrey de Sicilia y Nápoles. Este noble, conocido entre sus contemporáneos como “Pedro el Grande”, resulta paradigmático porque su insistencia en lo oral y visual está muy por encima de lo escrito sobre él. Por esta razón, son recordados los sucesivos festejos y celebraciones que desgastaron las arcas, bajo el pretexto de ser una grandiosidad digna de un aristócrata, con una presencia pública continuada en actos con grandes personalidades del momento para que se le reconociera. En un ámbito reservado y más ajeno al gran público, la corte “truhanesca” de Pedro el Grande se mantenía con bufones, grandes vestidos, actuaciones privadas y manifestaciones que ayudan a confirmar lo escrito en el poema en el que se le caracteriza como *Ossunus sive perfectus imperator*.

En síntesis, bajo la idea de que el noble debe demostrar su condición, las páginas del libro evidencian la puesta en práctica de estos principios. Paralelamente

a la domesticación, Fernando Bouza nos muestra como la cultura caballeresca se mantiene en la Alta Edad Moderna y con sus indagaciones y reflexiones trata de romper tópicos como aquel que se sostiene por inercia o de manera inamovible. En cambio, la realidad que nos revela es que se hace fuerte porque la creencia sobre la domesticación de la nobleza no alcanza a cabalidad el fin pretendido, ya que ni reyes tan poderosos como Felipe II han conseguido someterlos. Asimismo, nos encontramos en una época en la que personajes adinerados están ascendiendo y la vieja nobleza de sangre debe diferenciarse de éstos y es por ello que la voz, la postura, los gastos ostentosos, las justas, las fiestas y hasta la mirada se transmiten como muestra de su esencia. Aún, con todo lo dicho, se echa en falta unas conclusiones más generales y la recopilación final de la bibliografía de obras posteriores a 1900 referenciada en los pies de páginas, lo que a mi modo de ver sería de mucha ayuda para quienes incursionamos en esta temática y completaría la función científica manifiesta en toda la obra.

*Carlos Díaz Santos*